

En un momento todo parecía haberse detenido. Ella se miraba a sí misma con una expresión de dolorosa sorpresa. ¿Era ella la misma persona que había llegado allí un día de la vida?

## Amor y venganza.

Una expresión dulce y angelical, inclina de Carmen la mirada hacia abajo y encandorada. La hermosa hija del pescador Félix, era la hija por la más preciosa de las comarcas. No había en la villa quien no la mirara con amor y respeto. En la casa de su padre, se agrupaba que Carmen profesaba a Félix, joven pescador, el amor más puro y ardiente. Y Félix era, en verdad, digno de ser amado.

Era una hermosa mañana de primavera, allá por los años de 1597.

En la ribera del tranquilo mar de la entonces villa de Campeche, estaba una bellísima joven sentada sobre un pequeño médano de arena, contemplando con fijeza el inmenso espejo del océano, cuyas olas llegaban a morir a sus pies. Su inquietud, su ade-

mín, su mirada, todo parecía indicar que ella esperaba á alguna persona que debía llegar hendiendo las olas.

La tez morena de la jóven, ligeramente bañada de carmin, sus rojos y diminutos lábios, ojos negros y hermosos, y sobre todo, una expresion dulce y angelical, hacian de Cármen la criatura mas bella y encantadora.

La tierna hija del barquero Félix era tenida por la mas preciosa de las *Sanromane-ras*. No habia en la villa quien no la mirase sino con amor y con tristeza, pues nadie ignoraba que Cármen profesaba á Enrique, jóven pescador, el amor mas puro y ardiente. Y Enrique era, en verdad, digno de ese amor. Todas las muchachas de la villa suspiraban de amor por él; todas tenian celos de Cármen por su amante; no habia una que no le envidiara, pues Enrique, fiel á aquel cariño, jamás obsequiaba á otra que no fuese ella. Cármen iba todas las mañanas á esperarle en la ribera, y lo recibia prodigándole miradas de ternura y sonrisas fascinadoras. El, cuando se aproximaba á la ori-

lla, eutonaba dulces y tiernas playeras, en que iba mezclado el nombre de su amada.

Cármen y Enrique eran, de ese modo, los amantes mas dichosos.

La mañana en que comienza nuestra narracion, el jóven pescador se habia dilatado en el mar mas de lo que acostumbraba; y Cármen, llena de temor y sobresalto, le esperaba, pensando unas veces que acaso le habria acontecido algo desagradable, y otras, que habia ido en busca de un nuevo amor.

Triste por la tardanza de su amante, entonó con voz melodiosa, esta cancion:

“ Ven á la playa, barquero mio,  
Mi alma te espera llena de amor;  
No, cruel, me hieras con tu desvío,  
Mira que sufre mi corazon.  
Si tú no vuelves, con llanto triste  
Del mar las aguas aumentaré;  
¿Por qué la calma perder me hiciste?  
Barquero mio, ven presto, ven.”

El viento parecia repetir aquellas notas tristes, envueltas en los suspiros de la en-

cantadora niña enamorada. Callaba ella, miraba el mar, y asegurándose de que no se divisaba la vela de la barca de su amante, repetía su canción. La tristeza de su alma, reflejada en sus grandes ojos negros, venía con su tinte melancólico á embellecer mas y mas el rostro seductor de la *Sanromanera*.

Al fin las blancas velas de las barcas pescadoras comenzaron á lucir en el horizonte azul que se extendía ante su vista, semejando nevados cisnes hendiendo sus alas sobre la inquieta superficie del mar.

En la mirada de *Cármén* brilló un rayo de esperanza. Pero ¡ay! á medida que las barcas se acercaban, se iba disipando aquella hermosa ilusión, pues entre aquellas barcas no veía una con las eña particular que le servía para distinguirla entre las demás.

De los ojos de *Cármén* brotaron dos preciosas lágrimas que hubieran sonrojado á las perlas que avaro esconde el mar.

Abismada en sus tristes pensamientos, no habia observado *Cármén* que un hombre la contemplaba á corta distancia. En la mirada de aquel hombre se descubria un pesar oculto, una pasión contrariada.

Se disponía *Cármén* á dirigirse á su hogar, abatida como los lirios de la playa á influjo de los ardientes rayos del sol, despues de dirigir los ojos con expresión doliente al mar sosegado que se extendía ante ella, cuando una mirada de fuego que hasta entonces habia esperado en vano encontrarse con la suya, la hizo permanecer inmóvil. Era la mirada de *Juan Venturate*, que, también inmóvil, la contemplaba con avaricia.

Aproximóse Venturate á la jóven, y dando á sus palabras toda la terneza y dulzura de que era capaz, le habló así:

—Lloras, encantadora Cármen, porque tu amante no llega; y lloras mientras él se halla, acaso, jurando amor á otra, sin consagrarte un solo pensamiento. Mientras hay, ingrata! un hombre á quien no das una mirada sola, cuando muere por tu amor.

—Juan, no venga vd., por Dios, á aumentar mis dolores con sus calumnias, ni me hable más de su amor, pues muchas veces le he dicho ya que no vivo sino por Enrique.

—¿Y si él te olvida?

—¡Oh! si él me olvida, y no lo creo, viviré adorándolo y moriré bendiciendo su nombre, á pesar de ese olvido. Yo le amo porque esa es la única necesidad de mi alma. Yo no le quiero porque me jura amor, mi vida le pertenece aun cuando no me ame; yo se lo he jurado.

—¿Conque no me amarás nunca?

—¡Jamás, es imposible!

Cármen, levantándose, quiso huir de aquel

sitio despues de pronunciar con heróica resolucion aquellas palabras. El semblante de Juan Venturate estaba verdaderamente espantoso. Sus ojos brillaban de una manera siniestra; sus miembros todos palpitaban, y en medio del vértigo de que era presa, tomó á Cármen de la mano, forzosamente, diciéndola con acento amenazador:

—Hace mucho tiempo que cifré mi felicidad en alcanzar tu amor, que no vivo sino por tí, que por tí me siento capaz de acometer la mas grande, la mas arriesgada de las empresas, y en todo ese tiempo no he recibido en recompensa sino tu fria indiferencia, tu cruel desden. Has prodigado caricias ante mis propios ojos á un rival aborrecido á quien no ha traspasado el acero de mi puñal en esos momentos, por no verte manchada con su sangre; hoy me repites que jamás, que es imposible que me des tu amor. Pues bien, sabe que desde el instante en que te ví por vez primera, juré á mi corazon que serias suya, ó de ninguno; sabe, Cármen, que mi alma, nacida para las grandes pasiones,



estas dulces esperanzas, miraban el porvenir á través de un encantado prisma.

Era una noche deliciosa.

La hermosa compañera de los amantes brillaba en todo su esplendor, en el azul del sereno cielo de Campeche, sin que las nubes velasen, importunas, su cándida faz.

La villa estaba entregada al reposo, arrullada por el melancólico rumor de las olas que llegaban á besar sus plantas, y por el grato murmurar de los palmares, agitados por las frescas brisas de la noche.

Todo yacía en el mas profundo silencio.

Los habitantes de la poblacion dormían tranquilos, ajenos del grande acontecimiento que debía despertarlos bien pronto.

De súbito vióse sorprendida la villa por numerosos piratas capitaneados por el famoso filibustero Guillermo Parke, á cuyo solo nombre temblaban aun los mas esforzados campechanos.

Los piratas lograron penetrar hasta el centro mismo de la villa, esparciendo el terror por todas partes.

Anonadados por tan intempestiva agresion, no sabian los habitantes de Campeche sino huir despavoridos, y entretanto, los filibusteros robaban cuanto á su paso encontraban, y cometian todo género de excesos.

Para aumentar aquel desórden, de los dos alcaldes de la villa, uno se hallaba en una hacienda de campo; y el segundo, no contando con elementos para oponer resistencia alguna á aquella inesperada invasion, refugióse en el convento de San Francisco.

Pero aquello no podía permanecer así.

Verificóse una reaccion en los ánimos antes aterrizados por la sorpresa y la confusion, y los bravos hijos de Campeche, á cuyo frente se hallaba ya el alcalde Interian, empeñaron con los filibusteros un combate encarnizado.

Ya amanecía.

Los filibusteros cometían mil depredaciones, y ya se cuidaban mas de robar que de combatir. El temerario valor de los agresores era contrarestado por la heroica resistencia de los de la villa. Sin embargo, el éxito

era dudoso, cuando un incidente vino á dar la victoria á los últimos. Guillermo Parke fué herido, y este suceso infundió el desaliento entre los suyos. Los campechanos lo comprendieron así, y redoblaron sus esfuerzos contra el enemigo, que tuvo que huir dejando en tierra gran parte de su botin en su precipitada fuga.

Cuando los filibusteros entraron á la habitacion de Carmen, la encontraron desmayada.

La pobre jóven, al solo nombre de Guillermo Parke, habia caido sin sentido. Al frente de aquella horda de bandidos iba un hombre con faz desencajada.....

Era Juan Venturate.

Contemplò á la mujer que amaba y odiaba con toda el alma, y se ocoordó de su terrible juramento.....

—165—  
insolentes, los reconocidos que á uno los  
cubiertos, sus ropajes, de los nobles his  
por de la noche  
De repente lanzó un grito doloroso y  
cayó sin sentido sobre el cuerpo ensangra  
tado de un jóven en cuya diestra lucía una  
espada lista en sangre

IV.

Los piratas huyeron.

Cuando el sol bañó con sus dorados rayes el horizonte, mas de un cuadro de dolor vino á iluminar con su luz. Todo estaba en un espantoso desórden, y por donde quiera se reconocia la huella destructora de los filibusteros.

Las bellas hijas de Campeche parecian flores marchitas por el cierzo.

Muchas habian sido vilmente holladas por el cínico furor de aquellos criminales.

Varios de los jóvenes principales de la villa habian perecido en la heroica lucha con los invasores.

Una jóven pálida y llorosa, con el cabello

CAPITULO V  
VIAJEROS Y VIGILANTES  
BIENFAMADOS Y MALFAMADOS

desordenado, iba reconociendo uno á uno los cadáveres, aun insepultos, de los nobles hijos de Campeche.

De repente lanzó un gemido doloroso, y cayó sin sentido sobre el cuerpo ensangrentado de un jóven en cuya diestra lucia una espada tinta en sangre.

El jóven era Enrique.

La hermosa, Cármen.

Todos los que allí se encontraban corrieron en su auxilio.

Cuando mereed á las sales que la hicieron aspirar, abrió sus grandes ojos negros, lanzó una mirada sombría sobre todo lo que la rodeaba, y despues prorrumpió en una histérica carcajada.

Retrocedamos algunas horas.

Antes de embarcarse los filibusteros, descubrieron un secreto: Juan Venturate habia sido quien los introdujera á la villa. Aquellos hombres, á pesar de sus costumbres, si-

guiendo un impulso, y grande, del corazon, resolvieron no llevarse á Venturate consigo, sino antes bien, imponerle, como traidor, el castigo que merecia. ¡Y qué castigo tan terrible le impusieron!

CON TENAZAS ENCENDIDAS FUE DESPEDAZADO.